



DIMENSIONES POLÍTICAS DEL VOLUNTARIADO DE LA PROMOCIÓN AL CAMBIO DE ESTRUCTURAS

Enrique Falcón

- 0. Un hombre, una caña, un río
- 1. Una descripción: las paradojas del voluntariado
- 2. De la promoción al cambio de estructuras
- 3. Dimensiones políticas
- 4. Contra un voluntariado no-conflictivo

Anexo: Un perfil de (O)posiciones
Cuestionario para el diálogo en grupo

*a Pepo Olmos,
que vive contemplando
para alcanzar amor
y a los compañeros
de Claver, que atinan*

En nuestro anterior cuaderno sobre el voluntariado (n. 68) copiábamos en apéndice un decálogo que Joaquín García Roca, miembro del equipo Cristianisme i Justícia, publicó en su libro *Solidaridad y voluntariado*, donde enumeraba algunas de las dimensiones políticas del voluntariado. CiJ, de la mano de Joaquín, ha tenido durante varios años un seminario permanente sobre estos temas.

Nuestra línea de reflexión ha convergido con la que por su parte se ha realizado en Valencia tanto desde el Centro Arrupe (análogo al nuestro en tantas cosas) como desde la delegación de Claver y que en buena parte se recoge en este Cuaderno que ahora publicamos conjuntamente.

Enrique Falcón (Valencia, 1968) es miembro del Voluntariado de Marginación Claver en Valencia y de la Comunidad de Vida Cristiana Ignacio Ellacuría. Profesor en la Formación Profesional. Forma parte de la coordinadora de la Unión de Escritores del País Valenciano.

0. UN HOMBRE, UNA CAÑA, UN RÍO...

*(de la asistencia a la promoción,
de la promoción al cambio de estructuras)*

Un cuento:

Carta del 21 de enero:

«Hoy he encontrado, junto al muelle, a un hombre que pasa hambre...»

Carta del 8 de febrero:

«¿Recuerdas a aquel hombre del que te hablé? Raquel y yo hemos decidido acercarnos al muelle una vez al día y darle algo de pescado que comer.»

Carta del 15 de febrero:

«...Continuamos visitándole (...) con la comida diaria. Tememos, al mismo tiempo, que llegue el día en que no podamos acercarnos hasta allí y el hombre del muelle se quede sin su pez. Él nos lo agradece. Sus mejillas empiezan a recuperar color. Le vemos algo más fuerte. Alguna noche le hemos invitado a casa a cenar con la familia. Es bastante tímido (...).»

Carta del 10 de marzo:

«Raquel y yo hemos decidido comprarle una caña de pescar. Le pensamos regalar un manual, comprensivo y a todo detalle, sobre aparejos y técnicas de pesca. Raquel era una aficionada hace algunos años y se ha comprometido a pasar unos días a la semana para enseñar al hombre del muelle a pescar. Dicen que el río está lleno de peces. Nosotros creemos que en poco tiempo sabrá autoabastecerse de pescado. Podrá conseguir comida por su cuenta y quizá algún dinerillo con la venta de la pesca sobrante.»

Carta del 23 de marzo:

«Surgen los problemas. Al hombre del muelle de nada le ha servido aprender a pescar para prescindir de nosotros. Necesita una licencia y no sé qué otros papeles para poder coger peces del río. Los permisos cuestan un buen dinero y no tiene con qué pagar. Hemos sabido que la explotación del río es exclusiva del municipio y no se puede pescar allí sin los dichos papeles en regla.»

Carta del 25 de marzo:

«Más problemas: la policía local pilló al hombre del muelle pescando sin licencia y ahora se encuentra retenido. La fianza (o la multa, que no me he enterado muy bien de qué va la cosa) no es muy barata que se diga. Vamos a intentar costeársela. La gente del pueblo va diciendo de él que ha intentado aprovecharse de la comunidad, que es un ladrón y que le está bien merecido (...).»

Carta del 29 de abril:

«Otra complicación, y esta parece grave. ¿Te conté que el hombre del muelle salió de prisión y se hizo con los permisos de pesca necesarios? Pues de nada le sirven: la fábrica de plásticos del pueblo, río arriba, ha contaminado las aguas y todos los peces del río se han muerto. No queda ni uno y la visión resulta desoladora. Dicen que no volverá a haber pesca hasta dentro de diez años o así. La industria pagará una multa astronómica (de sobra se lo podrá permitir), adquirirá no sé qué filtros para residuos y seguirá produciendo...»

Carta del 30 de abril:

«(...) El hombre del muelle vuelve a pasar hambre.»

1. UNA DESCRIPCIÓN: LAS PARADOJAS DEL VOLUNTARIADO

El lugar que ocupa el voluntariado es un lugar desde luego paradójico. Un territorio de opciones, relaciones y respuestas que no es de nadie y, por ello mismo, puede ser también de todos. Se fragmenta según colectivos y se siente reencontrado en parecidas estrategias de acción. Pendula entre la formación general y una mirada específica local o colectiva. Asume (y dispersa) motivaciones para la actuación que proceden de tradiciones diversas.

El voluntariado, un lugar paradójico

Ateo, religioso o aconfesional. Es pequeño relato y narración de rostros con historia, pero se pretende también relato emancipador, dispuesto a intervenir en la historia misma. Prestacionista e insumiso, narra y celebra, protesta y acompaña, atiende y promociona, alivia e incomoda. Dice de sí mismo ser dinámica civil y ciudadanía, y le pretenden el Estado y el Mercado indistintamente. Autónomo y dependiente, creador de conflictos y perfecto acalla-conciencias. Al tiempo moda y al tiempo crisis, desinteresado e interesante, lo hacen buenos chicos a los que aplaudir y gente peligrosa a la que se teme. Ensucia y abrillanta, se hunde y permanece, se subvenciona y se autofinancia, se le fotografía y se esconde de todo intento de recompensarlo. Es espontáneo y planificado, tendencioso y natural, anónimo y movilizador, subsidiario y fronterizo, parcelizante y globalizador... Y además, desde el espacio paradójico en que se deja crecer, resulta que también quiere transformar, denunciar, resistir, desobedecer, presionar, emancipar y reivindicar. Y lo hace en un tiempo igualmente paradójico. Un tiempo en el que la transformación de estructuras, la denuncia social, la resistencia activa, la desobediencia civil, los proyectos de emancipación, las reivindicaciones comprometidas... parecen estar fuera de tiempo. Basta con echar una ojeada a algunas entidades implicadas en el mundo de la exclusión social para darnos cuenta de cómo insisten en que el voluntariado está llamado a ir transformando las estructuras y las causas que producen la marginación social, más allá de las meras tareas de asistencia, cuidado y promoción directa de los excluidos. Basta igualmente prestar un poco de atención a los debates entre organizaciones de voluntariado para comprobar las veces que se pone sobre la mesa la cuestión de profundizar en la dimensión política del voluntariado social y la necesidad de ensayar posibilidades, compartir estrategias y buscar conjuntamente medios encaminados en dicha dirección. La misma oleada de voluntariado de los últimos años (el famoso boom, que tantos dicen que no es para tanto) y la apertura de procesos de legislación y regulación normativa del mismo, no hacen más que incidir en el debate de los colectivos de base y en el autorreconocimiento de sus contornos, identidades, objetivos y, entre ellos, los de carácter más explícitamente político.

Implicación política, dinámicas de transformación estructural y Resistencia activa muestran las posibilidades de esta otra dimensión de la acción social voluntaria, que ya no es sólo la asistencia a las heridas, el acompañamiento de procesos o la promoción de autonomías, sino la transformación de una injusticia social.

Posiblemente sea, pues, éste uno de los mejores momentos para atrevernos a hundir las manos en la reflexión y en el intento de estas viabilidades políticas que, desde luego, no son nada nuevas. En el ejercicio humilde de dicho intento, al voluntariado social de marginación se le está pidiendo

el esfuerzo propio de las vocaciones en las que todavía queda mucho por hacer.

El voluntariado bajo sospecha

Una última consideración antes de seguir adelante: un buen punto de partida para encarar lo que supone realmente el voluntariado es ponerlo, por principio, bajo sospecha.

El voluntariado puede, de hecho, ser parcelación de la vida, justificación de lo injustificable, paracaidismo social. Puede hacer daño a quienes ya reconocen pisoteada su dignidad, puede ser excusa y lavaconciencias de niños ricos, tapaagujeros del sistema, mera ambulancia de la historia, acción irresponsable, asistencialismo paternalista y bobo, y compensación y huida de frustraciones personales...

Pero aun así, aun debiendo ejercer contra todo descanso esta sospecha, el voluntariado social de marginación, de manera también permanente, debe asumir sus potencialidades y no perder su autoestima. En caso contrario, la viabilidad de su proyecto político de justicia no pasará de ser una simple viabilidad inestable y truncada.

2. DE LA PROMOCIÓN AL CAMBIO DE ESTRUCTURAS

Las dimensiones políticas del voluntariado social de marginación no pueden ser pensadas al margen de las prácticas ideológicas y militantes que se encarnan en los Nuevos Movimientos Sociales (NMS). Es éste el primer punto de partida desde el que ya podemos intuir y profundizar las posibilidades reales de intervención política de la acción voluntaria.

Los llamados NMS en realidad, no son tan nuevos. Piénsese en el movimiento ecologista, el antimilitarista (fiscal, insumiso...), el feminismo, el movimiento alternativo urbano, el de los derechos civiles, el del consumo justo, el movimiento crítico vecinal de base..., cada vez más clásicos y cada vez más diferenciados del modelo tradicional de hacer política de partidos y sindicatos.

Los NMS han sido en diversas ocasiones caracterizados por el universalismo, la participación de base orientada al servicio de intereses precisos, la autogeneración en movimiento, la afectividad dinámica, la anti-institucionalización, la iniciativa desde abajo, la impregnación del mundo de la vida y una durabilidad problemática. Siempre entre el riesgo de acabar institucionalizándose y el de acabar simplemente desapareciendo.

2.1. EL VOLUNTARIADO ENTRE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Los NMS están marcados por la discontinuidad, una macrocaracterística que les es propia. A pesar de no atacar directamente el núcleo material (económico) de nuestras sociedades, sí parecen estar incidiendo sobre sus presupuestos culturales hegemónicos.

Es ésta una característica de los NMS que el voluntariado debería contemplar como punto de referencia posiblemente, hasta de inclusión y no sólo como punto de coordinación y complicidades mutuas. (Una buena aproximación a los NMS puede encontrarse en Jorge RIECHMANN y Francisco FERNÁNDEZ BUEY: *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós, Barcelona, 1994. Asimismo sería bueno echar un vistazo a lo que sin duda es la más atinada visión, abierta en todo caso al debate, de las relaciones entre NMS y voluntariado: Antonio MADRID: *Algunos interrogantes sobre el fenómeno del voluntariado*, en VV.AA.: *En el límite de los derechos*, EUB, Barcelona, 1996).

En relación a ellos, el voluntariado mismo ha sido formalmente un `denominador común' sin el cual los colectivos adscritos a dichos movimientos apenas habrían podido desarrollar sus estrategias y prácticas de acción.

De todas maneras no es éste el punto de convergencia entre voluntariado y NMS en el que nos queremos detener. Si bien es cierto que los NMS `clásicos' se nutren mayoritariamente de colaboraciones y dedicaciones de militancia formalmente voluntarias hay otro voluntariado social de marginación. Un voluntariado que se encarna en las realidades de la exclusión, que trabaja directamente con el excluido. A este voluntariado vamos a referirnos en estas líneas y de él vamos a discutir sus posibilidades de intervención política.

Para dicha discusión, me acerco a creer que el voluntariado que actúa significativamente con y desde los rostros y ámbitos de la marginación social forma parte, con pleno derecho, del paradigma de los nuevos movimientos sociales. Es desde esta inclusión como NMS desde la que puede desarrollar contenidos de transformación o resistencia políticas dimensión política del voluntariado juntamente con sus prácticas de atención, de asistencia, de acompañamiento, de promoción y de desarrollo comunitario.

2.2. CARACTERÍSTICAS DEL VOLUNTARIADO SOCIAL DE MARGINACIÓN

Como todo NMS, el voluntariado de marginación tiene contornos y límites de competencia imprecisos. El hecho mismo de compartir con ellos un ideario de emancipación y justicia, así como el hecho frecuente de encontrar personas y grupos que son a la vez voluntarios/as y militantes de diversos NMS, ayuda a subrayar unas ciertas coincidencias entre el voluntariado y el conjunto de los rasgos mayoritariamente compartidos por el paradigma de los NMS. Aplicaremos por tanto a este voluntariado los rasgos que Riechmann ha atribuido a todo NMS (Sigo aquí, de manera poco original por mi parte, los rasgos que Riechmann (op. cit.) atribuye a los NMS).

El voluntariado social de marginación, de fuerte orientación emancipatoria (focalizada en las personas y grupos que habitan los espacios de la exclusión), se concentra en la esfera sociocultural de nuestras sociedades, haciéndose propio de la llamada sociedad civil. Desarrolla formas de contrapoder de base para incidir en la vida social. Es, de hecho, en sí mismo, y junto a otras prácticas de intervención, una estrategia de autorregulación colectiva orientada a devolver capacidad de intervención pública a la sociedad civil y a la ciudadanía de base, respondiendo así a la creciente burocratización y mercantilización de la existencia y de las relaciones sociales.

Como otros NMS, el voluntariado de marginación no comparte la concepción lineal de la historia ni la creencia ciega en el progreso interminable. En este sentido es poco neoliberal. Su misma existencia (encarnada y visible en los espacios sociales donde el progreso y el bienestar han fracasado) desacredita la supuesta bondad de la modernización industrial, del crecimiento económico y de la regulación burocrático-estatal de nuestro Primer Mundo (al menos, tal como hoy se entienden y se rigen en nuestras sociedades). Recordemos que este mundo primero condena a la exclusión social y a la pobreza económica a unos 40 millones de ciudadanos europeos, por poner sólo el caso de la Europa desarrollada de la convergencia comunitaria. En este sentido, y en tanto que NMS, el voluntariado social de marginación reclama que la esfera económica de nuestras sociedades sea absorbida y contemplada desde las esferas socioculturales. Esto es un contenido de su carácter político.

Como otros NMS también, el voluntariado (en tanto movimiento y red de entidades, red de redes) se caracteriza por una composición social heterogénea y por una estructura organizativa descentralizada y antijerárquica en el seno de los colectivos de base en los que se encarna. En ellos son habituales niveles bajos de institucionalización y de profesionalización desde los que, además, se desconfía de lo excesivamente burocrático y de los liderazgos carismáticos. Además, el voluntario no es un profesional de la intervención social, en el sentido estricto del término. Es característico asimismo del voluntariado social un conjunto plural de objetivos concretos y estrategias muy diferenciadas. Se asume, así, el principio de pensar globalmente y actuar localmente, dotándose para ello de significados y prácticas particulares, potencialmente capaces de converger en un mismo proyecto común de solidaridad y opción por los más débiles.

El voluntariado hace de lo personal política, al tiempo que desarrolla formas alternativas de convivencia. Para ello no acepta la dicotomía público / privado del discurso liberal. Politiza y moviliza la vida cotidiana y el ámbito privado, no se contenta con subordinar la esfera sociocultural a la político-administrativa y se configura, junto a la totalidad de los nuevos movimientos sociales, como espacio de política no-institucional.

Por último, el voluntariado comparte con los otros NMS una temporalidad de carácter discontinuo, transitorio o perecedero. La continuidad de sus redes, de los colectivos, entidades y movimientos en los que se articula está amenazada o por su disolución (desaparición total o fases

de latencia de sus intervenciones sociales concretas) o por su institucionalización (y entonces el voluntariado sale del paradigma de los NMS para acercarse al de los voluntariados oficiales).

Tres opciones

Con todo lo dicho, para participar en procesos de transformación y resistencia políticas, al voluntariado social de marginación le caben, a grandes líneas, al menos tres opciones posibles. De ellas, la primera, en el fondo, es una mera delegación.

a) El voluntariado tras asistir, tras acompañar, tras promocionar... se detiene en la frontera de lo estrictamente político y pasa el testigo a la militancia tradicional (partidos, sindicatos...) o a los centros administrativos de la decisión y el poder.

b) El voluntariado tras asistir, tras acompañar, tras promocionar... colabora activamente en la frontera de lo político, vertebrándose con la militancia de los NMS.

c) El voluntariado tras asistir, tras acompañar, tras promocionar... asume en su propia dinámica y en sus procesos de actuación real una dimensión política que apunte hacia la transformación de estructuras, autorrealizándose entonces como nuevo NMS.

En la primera opción, voluntarios y militantes pertenecen a campos de acción definidamente aislados entre sí y, aunque exista diálogo entre ellos, las competencias están bien diferenciadas: o voluntario, o militante.

En la segunda opción, el voluntariado es un agente mediador y común en los procesos políticos abiertos desde los NMS clásicos: voluntario y militante.

En la tercera opción, el voluntariado se carga a sí mismo de militancia y explicita una intencionalidad política propia, como cualquier otro NMS: voluntario y, por lo tanto, militante. La primera opción desconoce las dimensiones políticas, las agendas políticas del voluntariado. Con las dos restantes se precipita, sin embargo, en tantear dicha agenda política, asumiendo un reto que quiere ya apuntar a objetivos de transformación estructural.

Sentido de las dimensiones políticas del voluntariado

Para ello y antes siquiera de seguir adelante no vendría mal tampoco explicitar el sentido que hace legítimo repensar y ensayar cualquier dimensión del voluntariado que, como ésta, se quiera formular en términos políticos.

Dicho sentido, primero y último es el lugar que pisan los pobres. Se trata de terreno sagrado en el que el voluntariado social ha de llamar primero y entrar con los pies descalzos después.

Los territorios y los rostros de la exclusión son prioritarios en la cultura de la acción social voluntaria, tanto si eso se debe a motivaciones políticas como éticas o religiosas. Por ello, el voluntariado social ha de reconocerse al servicio del otro y no de sí mismo, ni siquiera cuando de modo exigente quiera plantearse sus propios retos y dimensiones.

Seguramente deberíamos poner más cuidado en el momento de reclamar para el voluntariado social de marginación el intento de seguir trazando sus repercusiones políticas, pues muy a menudo podemos estar tomando la palabra de los pobres en vano y olvidar que ellos y no otros son el centro de voluntarios/as, entidades de voluntariado y acciones sociales voluntarias. El centro es mucho más que el objeto destinatario.

Ante la realidad de una dignidad de hombre que sistemáticamente va siendo pisoteada, algo de silencio y de ojos bajos ha de pedirse también a los agentes de solidaridad (y a reflexiones como ésta), porque en ese preciso momento sólo se pronuncian significativamente el silencio que acompaña o la rabia que protesta.

3. DIMENSIONES POLÍTICAS

Algunos hombres tienen un dormitorio, el viento es alejado por una noche, la nieve que les estaba destinada cae en la calle. Pero el mundo no cambia por esto, las relaciones entre los hombres no mejoran, la era de la explotación no se acorta tampoco. (B. Brecht)

Sin ánimo de querer agotar o totalizar el conjunto de las posibles vías con que el voluntariado, en tanto que nuevo movimiento social, abre su agenda política de transformación o resistencia, quedan aquí listadas sólo algunas, con la consideración de que las dos primeras son las que quizá pueden ir haciendo más factibles las siguientes.

Abrir e interpelar procesos personales (rompiendo complicidades)

El voluntariado social de marginación no suele contentarse con ser un viaje de ida desde las motivaciones y disponibilidades de la persona hacia la realidad del otro y de la exclusión social. El viaje suele ser también de vuelta.

Un compañero de viaje en el Voluntariado de Marginación Claver, Darío Mollà, ha sabido describir este proceso peligroso, vital que casi llega a golpear en las opciones personales de quien lo inicia.

Al principio fueron unos tiempos de dedicación voluntaria en los espacios sociales y entre los rostros de la marginación. Quisimos abrir las ventanas de nuestras habitaciones individuales, de nuestro mundo, a la realidad de afuera, la verdadera, la mayoritaria, la de la exclusión y la de lo precario.

Creíamos que, una vez abiertas las ventana entraría sólo aire fresco a nuestras habitaciones, a nuestras convicciones sociales y a la comodidad de nuestros estilos y modos de vida concretos. Pero lo que llega a entrarnos va a ser, más bien, un vendaval. Como sugiere Darío, un demoledor vendaval que descoloca las cosas de su sitio.

La experiencia de la gratuidad (la experiencia subversiva de la gratuidad), la mirada presente en las barriadas y en las narraciones concretas de la marginación social, el encuentro con los derrotados pero todavía no vencidos... nos devuelve un vendaval que altera nuestras controladas seguridades personales. En esto el viaje de todo voluntario se hace viaje de vuelta.

Y descompone de tal modo nuestras seguridades que ya no todo vuelve a ser igual. La presencia interpeladora de la experiencia cotidiana de la pobreza puede plantear al voluntario social cómo reorganizar sus opciones personales.

Continuando la parábola de la habitación y la ventana, diríamos que nos plantea si hemos de reordenar de modo distinto nuestras casas, si reconstruirlas en otro sitio, posiblemente, no tan céntrico. O incluso si no construir ya casa alguna y vivir, como tantos, a la intemperie de la realidad.

La peligrosa opción de trabajar puntualmente para los pobres y a su servicio puede plantear al voluntario social si tener que vivir teniéndoles muy en cuenta, si vivir con ellos y desde sus causas, o si vivir incluso como ellos.

La necesidad de acompañar, de contrastar, de compartir estos procesos personales de toma de opciones se hace entonces casi ineludible, y el voluntariado habrá de saber crear para ello espacios adecuados al contraste y al acompañamiento de estos procesos. Es entonces también cuando el voluntariado, iniciado a menudo como actividad puntual y controlada, va volviéndose militancia.

Es entonces también cuando las opciones que se experimentaban inicialmente en parcelas

acotadas de tiempo y espacio (voluntariado de horas sueltas) van a ir globalizándose, afectando a la vida entera del voluntario y transformando de verdad sus propias complicidades y opciones de vida.

La disponibilidad, rasgo importantísimo para el voluntariado social, ya no va a ser tanto de tiempos y energías como de interpelación y crecimiento. Las motivaciones del yo dan paso a las del nosotros. La protesta que hace nacer es también protesta ante la complicidad con la injusticia que encontramos en nuestro propio estilo y en nuestras opciones reales de vida.

Hacer visible una cultura de la subversión

De hecho, el voluntariado de marginación, en tanto que agente social movilizador, ha provocado que se comience a hablar de una cultura del voluntariado.

A dicha cultura, muy a menudo nombrada, se la ha querido describir con diversas adscripciones: cultura de la gratuidad, de la relación solidaria a escala humana, de la ciudadanía y de la participación pública, cultura de la dinamización comunitaria, de la atención al otro y de la inmediatez, de la búsqueda y el encuentro con lo periférico y lo institucionalmente inservible, microcultura de la justicia y del cuidado, de la disponibilidad y de la entrega, etc. No es éste el lugar de definirla sino de resituar el carácter subversivo de muchos de estos elementos.

Vaya, por supuesto, por delante que en la configuración de los mismos no sólo no ha intervenido exclusivamente el voluntariado en sí, sino que en el desarrollo de dicha cultura la aportación de otros movimientos y agentes sociales de emancipación va siendo más que apreciable a simple vista.

Lo importante en todo caso es traer a cuenta que en un sistema de sociedades como las nuestras (sociedades de control, de exclusión y mercantilización de la existencia, y de extrema injusticia social) discursos y, sobre todo, experiencias concretas de gratuidad se hacen significativamente subversivos. Sólo los dinamismos controladores de la pacificación social las pueden interpretar y presentar luego como experiencias tranquilizadoras de 'solidaridad ciudadana' que merecen ser aplaudidas y valoradas socialmente, ... hasta neutralizarlas casi por completo en su dimensión conflictiva.

El voluntariado tiene su máxima riqueza en los elementos de gratuidad, justicia y cuidado, de visión desde los de abajo... que configuran su cultura. Pero sigue siendo para él un reto inaplazable el mantener dicha cultura en lo que es y puede ser: una cultura intranquilizante. Poco tiene que ver ésta con la cultura de la dominación, de los intercambios sociales basados en la mercantilización y el consumo de bienes (no sólo materiales) a expensas de la suerte de los otros. No se trata más que de hacer socialmente (políticamente) visibles:

Apuestas por lo no-funcional, muy a pesar de los reconocimientos de la utilidad del voluntariado por parte de las instituciones del Estado.

Apuestas por lo gratuito y lo no-rentable, muy a pesar de los fomentos del voluntariado por parte de algunas instancias mercantiles o bancarias.

Apuestas por la pre-ocupación, el hacerse cargo y el cargar con la suerte de las personas y colectivos que para poco cuentan, muy a pesar de los discursos culturales en que la cotidianidad basa una 'solidaridad gratificante y tranquilizadora'.

En definitiva no se trata más que de hacer presente que existe, y está latiendo, otra cultura hecha de elementos que son en realidad alternativos.

Narrar lo invisible

Parejamente a dicha cultura, se hace hoy urgente explicitar y hacer públicas las narraciones de la

exclusión, señalando a los culpables y reconociendo las causas estructurales de dicha exclusión, en modo alguno fortuitas. Sin victimismos ni espectacularizaciones del drama, sino procurando injertar incómodamente el discurso de lo periférico en los centros del privilegio.

Por ello se nos planteará siempre con honestidad el evitar ser voz de los sin voz, porque el excluido (el invisible, en definitiva) sí tiene voz propia, su propia narración, quizá más deteriorada y desde luego relegada en los márgenes sociales.

En nuestras modernas sociedades de control, narrar lo invisible provoca conflicto porque explicita lo invisible de manera visible y pública. Lo que quizá parece obvio no lo es, en realidad: basta para ello con prestar atención a los soportes y canales comunicativos en los que hoy se intercambian socialmente las narraciones.

Quizá las entidades de voluntariado que trabajan en los ámbitos de la exclusión deberían continuar potenciando en sus propias agendas políticas la denuncia de la manera con que las víctimas son tratadas y presentadas en los medios de comunicación de masas.

Narrar lo invisible supone también dismantelar críticamente la frivolidad circense del sufrimiento, las mascaradas maratonianas de recaudación televisiva de fondos de solidaridad, la espectacularización de la tragedia, la interesada estetización de lo solidario y la estigmatización dramatizante de lo periférico a lo largo de los canales estandarizados de la información.

De otro modo, narrar lo invisible seguirá siendo un discurso clandestino, intercambiado gracias sólo a algunos medios de comunicación de carácter alternativo y corte minoritario, a los que conviene seguir apoyando. Narrar lo invisible con seriedad y respeto a lo inviolable de la dignidad de las personas es, posiblemente, una narración muy poco rentable.

Recrear los frentes comunes

El quehacer cotidiano de muchas entidades sociales suele estar repleto de tareas de asistencia, promoción y acompañamiento. Con el añadido de las energías invertidas en la infraestructura, la formación y la coordinación internas que dichas tareas precisan. Les queda, por ello, poco espacio material para poder dar cuerpo a la dimensión política que late en dichas acciones. El carácter a menudo urgente de las necesidades que se procura atender (y que exigen respuestas normalmente inmediatas) aumenta todavía más esta inflación de tareas que sobresatura las energías de dedicación y compromiso de tantas y tantas entidades.

Sólo podremos plantearnos con seriedad la vocación política de transformación si previamente asumimos con realismo esta sobrecarga y sus consecuentes limitaciones. Igualmente podremos liberar esfuerzos para dedicarlos a la reivindicación política si previamente sabemos ampliar la coordinación y relación entre entidades y colectivos, en la que sin duda se ha avanzado en los últimos años.

En este sentido, el triple papel de los voluntariados de mediación (que renuncian a la gestión de proyectos propios de acción social), de las Plataformas y Federaciones de entidades y del encuentro mutuo entre colectivos (para la acción o para el debate conjuntos) apunta asimismo hacia dichos caminos.

Sólo este ecumenismo del voluntariado, esta organización de la voz (no exenta, desde luego, de conflictos y desencuentros internos), podría poner al voluntariado en disposición de hacer de él un agente transformador con voz y presencia social, más o menos efectiva o para ser, al menos, tenida más en cuenta.

Sin embargo, también es necesario hacer notar que, en el proceso de coordinación que se va abriendo entre las entidades voluntarias, habría todavía que situar algún aviso que otro. Entre ellos, la premura de que ésta sea una dinámica de (re)encuentro surgida de manera natural y a partir de las entidades mismas de base, seguramente también de manera más lenta y posiblemente

contando con más dificultades estructurales.

En caso contrario, los colectivos de base corremos el peligro de caer en la tentación de dejarnos coordinar, alentar, formar y promover (a veces ¡hasta recompensar!) por parte de la Administración del Estado o por el Mercado (caso de los planes integrales de voluntariado de algunas entidades bancarias, por ejemplo), que sin duda lo harán de manera más rápida y efectiva y con mayor disposición de recursos.

La conquista de la coordinación, del entramado social de base, de la configuración de una dinámica red de redes con vocación transformadora, es para el voluntariado mismo una conquista lenta, llena desde luego de prejuicios mutuos y de desorientaciones propias. Pero es (ha de ser) una conquista ante todo propia. De otro modo, habría que asumir tener que ver cómo aumentan los intentos de instrumentalizar la fuerza potencial del voluntariado, de manera que su proyecto de emancipación, de conflicto y disenso, se vea diluído por el proyecto de consenso y pacificación de las dinámicas mercantiles y las del poder político institucional.

Restituir el protagonismo de la voz del otro

El otro, el excluido, a cuyo encuentro sale el voluntariado no suele ser tolerado en los lugares del Centro, en los lugares de toma de las decisiones, de las luchas de intereses..., y muy a menudo tampoco es incluido en la estructura organizativa, pública e institucional de las entidades voluntarias.

Sin dudar de la capacidad de acogida, servicio y comprometido de éstas, debemos también reconocer que a menudo acogemos al pobre entendiéndole a veces como problema, a veces como carencia, y luego como objeto destinatario de las acciones sociales. No pretendo cuestionar aquí el sentido (que lo tiene, y mucho) de la relación de ayuda, de la atención, educación y acogida al otro, pero sí problematizar un tanto el sentido mismo de encontrar en el excluido solamente el objeto destinatario de una acción que, así, quizá podría ser sólo parcialmente liberadora.

El paternalismo no deja de ser un reduccionismo de la persona, con muy buenas intenciones pero también con un mucho de superioridad y prepotencia. Por ello, alejándonos de posturas paternalistas y unidireccionales, el voluntariado social de marginación se tensiona entre lo que es un trabajo para los excluidos, el que se hace con ellos y el que se resuelve desde ellos, reconociéndoles su capacitación como sujetos.

Si el voluntariado quiere en esta dimensión política asumir las causas de los despojados del sistema y situarse desde esa realidad, hora será también de promocionar la autonomía reivindicativa y ciudadana de aquéllos que son ciudadanos/as de segunda. Invitarles a ejercerla, e incluir su voz y su presencia tanto en la gestión (organizativa y de decisiones) de nuestros colectivos como en las acciones que nuestras entidades dirijan hacia el exterior: acciones de denuncia, de presencia pública, de reivindicación...

El voluntariado social de marginación se juega aquí parte de su sentido. Entre ser una variación política de los servicios sociales o querer ser mediador para que los que fueron desplazados a las cunetas de la historia sean sujetos capacitados tanto de la suya como de nuestra historia común.

Potenciar su interlocución institucional

Aunque se han dado pasos importantes en este sentido, sorprende todavía comprobar el carácter de la recurrencia de las entidades sociales de base en los órganos para las políticas institucionales, por ejemplo las de los servicios sociales.

La concepción altamente técnica y profesionalizadora de estas políticas (sujeta a intereses

precisos y a disponibilidades presupuestarias) tiene el peligro de contemplar al voluntariado social de marginación más como un recurso disponible y un instrumento para lo ya decidido, que como interlocutor válido encarnado en los ámbitos y en las ramificaciones públicas de la exclusión. Entre el posibilismo y la denuncia, la presencia del voluntariado en las grietas de la estructura del poder político en que puede ejercitarse la presión, posiblemente debería dejar de ser menos testimonial.

Las plataformas y federaciones de entidades de base (capaces de integrar también a instituciones más pequeñas pero con mucho que decir) tienen en estas vías de interlocución un buen campo para la presión política. Pues no se trata de una interlocución necesariamente posibilista, sino también de denuncia, posiblemente incómoda. Paralelamente, las entidades de base deberían sentirse llamadas en mayor grado a hacerse presentes, y a ser tenidas en cuenta, en municipios y órganos consultivos de carácter más local.

Sin embargo, es tarea pareja a ésta el que las mismas entidades sean en sí testimonio exterior de opciones reales de solidaridad y denuncia, así como de independencia y autonomía institucional. (A pesar del riesgo de una institucionalización excesiva del voluntariado, riesgo también compartido con otros NMS).

Las posibilidades de esta testimonialidad en los colectivos de base pueden llegar a ser numerosas: desde la renuncia a caer en la tentación de aceptar objetores prestacionistas para sus tareas internas (en testimonio explícito de apoyo a la insumisión, por parte de colectivos basados en la noción de voluntariedad);

hasta la opción por autofinanciarse en la medida de lo posible (accediendo a subvenciones y ayudas oficiales que no pongan en entredicho su autonomía real como colectivos); pasando por la aclaración de las relaciones entre personal contratado y voluntarios, o por la transparencia en los derechos sindicales de los profesionales o por el cuidado de no hacer la cama de la contraprestaciones (léase: carnets, certificaciones, convalidaciones, descuentos en servicios, premios al mérito...) que atenten contra el sentido radical de la gratuidad de los voluntarios.

Desarrollar estrategias creativas de intervención política

El voluntariado es sin duda rico en experiencias y en una heterogeneidad de situaciones en las que la eficacia de la acción necesita altas dosis de imaginación, creatividad y afectividad, quizá más que en ningún otro contexto.

El potencial de estas experiencias reales puede ser una de sus aportaciones más valiosas a la cultura reivindicativa de la resistencia y de las luchas por la emancipación. De ser efectivamente ejercida desde el voluntariado, tal aportación, coincidiría además con la premura con que otros nuevos movimientos sociales han ido ensayando estrategias <169>no clásicas de intervención política: desobediencia civil, resistencia no-violenta, acción directa con elementos fuertemente expresivos, esclarecimientos populares, manifestaciones humanas con componentes lúdicos, happenings y dramatizaciones provocadoras, boicots de consumo, cadenas humanas, ocupaciones, etc.

Al voluntariado le hace falta, por un lado, salir de cierta obsesión en recurrir casi exclusivamente a la presión y a la tramitación burocrática de exigencias y denuncias (estrategias a las que, desde luego, no debería renunciar). Y por otro lado, ensayar nuevas formas (quizá no tan nuevas) de lucha y de presencia públicas, siendo para ello más consciente del potencial enormemente creativo que le avala en las experiencias reales de su historia como voluntariado.

Incidir sobre el desarrollo del tejido comunitario del entorno

Otro de los potenciales políticos del voluntariado está en su capacidad de multiplicar las relaciones y en su interés por desaislar al otro (al excluido, pero también al exclusor y al indiferente), al menos en los territorios sociales de lo local, de la barriada, de la ciudad pequeña y en el contexto de una cultura hegemónica basada en el aislamiento.

Sería desmerecer el sentido político del voluntariado si no atendiéramos a su capacidad de trenzar y retrenzar el tejido de la comunidad, de promover su desarrollo y de dinamizar a personas y grupos de la misma en torno a situaciones que se perciben comunes. La rehabilitación misma del excluido, la promoción de su autonomía personal y su capacitación para ser parte integrante del entorno social de relaciones, contribuyen igualmente a la recuperación del espacio comunitario como espacio de ciudadanía, de participación y de presencia pública.

Con el riesgo de quedarse en una experiencia excesivamente localista, el paso de la reconstrucción pública de la ciudadanía es ya, de todas formas, cercano al paso que lleva a la reconstrucción de una cultura de la intervención y la participación política, tan desmovilizada en nuestras sociedades.

Desnormativizarse

El total acuerdo entre los partidos políticos que hizo posible la entrada en vigor de la Ley del Voluntariado (enero del 96) ha sido a menudo comparado con el rechazo que dicha ley ha suscitado en gran parte de los colectivos de base. Frente al llamativo crecimiento del voluntariado como fuerza de cambio social, bastantes gobiernos autonómicos han optado asimismo por canalizar esta fuerza a través de la regulación de su ejercicio.

La intromisión del Estado en lo que se suponía una dinámica de participación propia de la sociedad civil parece que debería plantearnos a las organizaciones sociales voluntarias una reflexión serena sobre el modelo de voluntariado a que apuntan nuestras apuestas, si es verdad que por voluntariado se podría entender ya cualquier cosa o si de verdad la cultura de lo gratuito y de la opción por los excluidos es inalienable de un proyecto de voluntariado socialmente crítico y transformador.

Al pluricéfalo voluntariado le caben desde luego distintas alternativas de acción que plantearse ante los procesos de legislación y normativización del voluntariado mismo.

Aquí será fácil ver cómo las diversas familias del voluntariado real van a ir haciendo opciones propias de sentido (quizá intervengan también las del pragmatismo).

Se puede así luchar por la no-legislación, o presentar previamente alternativas de base a los textos de anteproyecto, en el caso de autonomías donde aún no se haya legislado. Se puede aceptar entrar en lo ya regulado con ánimo de practicar reformas paulatinas. Se puede luchar y presionar por la derogación, ... se puede incluso salir del marco legislativo (para ello se habría de renunciar a la autodenominación de voluntariado, entre otras cosas), etc.

En el último capítulo de estas líneas desde opciones ya diferenciadas he preferido detenerme en este aspecto, destacando para ello una postura conflictiva ante la oficialización del voluntariado social y ante la sensación de que las administraciones del Estado pueden estar apropiándose del concepto mismo de voluntariado y lamentablemente, desde criterios mercantiles, acrílicos e instrumentales.

En cualquier caso, sólo la capacidad del voluntariado de marginación de ser proyecto que apunta políticamente a procesos de transformación social puede plantar cara, en tres frentes parejos, a las tendencias de estetización, de instrumentalización y de mercantilización de las que el voluntariado mismo puede ser objeto.

Rigor teórico

Quizá sorprenda encontrar la palabra rigor en la teoría entre las dimensiones políticas del voluntariado. Probablemente porque solemos asociar lo político a las acciones materiales y a los desarrollos de la praxis, y porque es habitual considerar que el voluntariado ha sido, constitutivamente en parte, una cultura de la acción.

No vamos a entrar en el debate de si la teoría forma parte o no del campo de las actuaciones o si es simplemente un requisito valioso que precede a la acción, dando nombre a la utopía. Pero sí deberíamos reconocer la necesidad de continuar articulando en torno al voluntariado un discurso crítico, emancipador y, contra todo descanso, realista.

La función de la crítica, del discurso disidente, de los horizontes de alternativas, de la autocrítica y de las revisiones a tiempo real es parte constitutiva de las prácticas transformadoras que el voluntariado tiene abiertas o cerradas ante sí. La necesidad misma de ir completando sus narraciones, de discutirlos, matizarlos o llevarlos hasta sus consecuencias es también, y sobre todo, necesidad de los colectivos, plataformas y entidades que se sitúan en tanto voluntariado en las fronteras de los márgenes, porque se han puesto a su servicio.

Puesto que el espacio en que la teoría ha de moverse es, también, el espacio de la resistencia, las conclusiones de dicha labor crítica habrían de entenderse más como puntos de partida que de llegada, sin poder apenas negociar con la certidumbre, sobre todo en un contexto en que tanto cuesta trazar con coherencia y nitidez, modelos ideológicos globales que opten por los derrotados.

4. CONTRA UN VOLUNTARIADO NO-CONFLICTIVO

Las instituciones intermediarias de la sociedad civil, como el voluntariado, favorecen la consolidación política y económica del capitalismo. Ésta es la tesis más última desarrollada por uno de los intelectuales orgánicos del llamado pensamiento Postmoderno, Francis Fukuyama, en un libro publicado en Nueva York con el título de *Trust: the Social Virtues and the Creation of Prosperity*.

Muy lejos de ser considerados marginales o de moda, los pensamientos postmodernos informan ideológicamente las maneras de proceder, en la práctica real, de las sociedades capitalistas «avanzadas» y del tan autoproclamado Nuevo Orden Internacional, el que va condenando a la miseria a dos tercios de la población mundial.

Recordemos la gran tesis de Fukuyama: las ideologías ya no cuentan, han muerto las utopías prometidas y la Historia ya ha acabado. Todo lleva al formalismo democrático tal como lo conocemos y al capitalismo internacional, como único sistema viable de organización. No hay alternativas posibles, o no merecería haberlas.

Después de proclamar el fin de la historia y la muerte de las ideologías (claro que esto más bien quería decir que sólo vale una de ellas: la que justifica a la sociedad del consumo y de la marginación estructural) los postmodernos han dado un paso más.

La sociedad civil crea un capital social en forma de recursos humanos, de ahorro para las administraciones, de servicios de ayuda voluntaria, de redes de organización y relación más o menos espontáneas, de asociacionismo y de iniciativas basadas en la cooperación y en la confianza.

Este capital social, nos dice Fukuyama, es útil para la consolidación económica del capitalismo y sus gobiernos, ya que incrementa la productividad y suaviza las fricciones que genera la gran máquina del Capital.

Para desarrollar este capital social, la sociedad civil (es decir, iniciativas libres que ni son estatales ni son mercantiles) articula organizaciones y estructuras intermedias e intermediarias donde parecen caber muchas cosas: grupos vecinales, organizaciones de consumidores, clubes deportivos, asociaciones de rotarios, delegaciones de la Cruz Roja, amigos de las más increíbles aficiones, etc. y, además, todo lo que podríamos entender como voluntariado social de marginación. Aquí es donde Fukuyama y su tesis nos tocan de lleno.

La sociedad civil desde luego sí parece estar de moda: de un extremo a otro de las opciones políticas, todos la defienden. Y el voluntariado, con la cultura de solidaridad y ciudadanía que reivindica, también la reclama. Pero tendremos que ver primero qué entiende cada cual por sociedad civil y, luego, ver qué se le está pidiendo en concreto a esa sociedad civil.

Para nosotros no puede ser:

la clave reguladora del consumo y de la oferta-demanda del despilfarro (sociedad civil según el libre-mercado);

ni tampoco el campo abonado para el voto de los consensos (sociedad civil según el partidismo y el márquetin parlamentarios);

ni la libre iniciativa del capital privado para contrarrestar la acción estatal (sociedad civil según los neoconservadores);

ni siquiera el bastión de la integridad personal y la seguridad privada o familiar (sociedad civil según ciertas versiones actualizadas del victorianismo moral).

Nosotros, desde el proyecto de un voluntariado social de marginación, reclamamos de la sociedad civil el ejercicio de la solidaridad para con los últimos, pero atendiendo a que sea asimismo un ejercicio crítico.

El voluntariado promovido por las instituciones administrativas del PSOE ya se desactivó como fuerza solidaria crítica, de transformación y de denuncia, y de compromiso real con los machacados de nuestro sistema social. Desde diversos colectivos de base ha quedado suficientemente denunciado el concepto tranquilizador, mercantilista y acrítico del modelo de voluntariado que se intuye en la última legislación española al respecto. Sospechamos que esta tendencia todavía ha de pronunciarse más con las directrices en materia social que el Partido Popular va desplegando una vez ha llegado al poder central. A estas estrategias de instrumentalización por parte del Estado y de las Administraciones habría hoy que añadir las promovidas desde el Mercado y las entidades bancarias.

Fukuyama (y la postmodernidad en general, sea en su versión más progre o más neocarca) formula con su tesis reciente, el nivel teórico que tiene dicho avance de lo no-conflictivo y de la autolegitimación del orden de cosas dado. Y además lo da por universal (recordemos que para los postmodernos no hay alternativas posibles, o éstas no valen la pena) y por necesario en todas las iniciativas que pueda emprender la sociedad civil (entre ellas, las iniciativas del voluntariado social).

En este contexto creo que ya no es posible hablar de el voluntariado como una realidad única, sino de los voluntariados, puesto que bajo un supuesto nombre unificador se esconden de hecho diversos modelos radicalmente divergentes entre sí. En algunos casos podrán mantener entre ellos relaciones de mutua indiferencia e, incluso, de complementariedad (y esto es importante), pero igualmente es momento de sospechar que algunos de estos modelos de voluntariado son opuestos entre sí.

Conclusión

Como anexo, reproduzco un perfil de (o)posiciones que podrían poner provisionalmente en tensión las notas que conforman el proyecto político de los voluntariados oficiales (ajeno al de los `nuevos movimientos sociales') respecto a las del proyecto político de los voluntariados sociales de marginación o voluntariados críticos.

El proyecto de acción política de un voluntariado social de marginación no es, desde luego, el único que está alineado en un cierto conjunto de apuestas por una acción voluntaria práctica y reivindicativa, decididamente conflictiva y no tranquilizadora, de crítica y de denuncia, y que quiere asumir su vocación primera desde las causas de los despojados y de los más débiles, sin chorradas paternalistas ni redentorismos ingenuos.

El compromiso que podemos desarrollar con este proyecto de solidaridad crítica y desde los últimos no gustará ni a Fukuyama ni a los gestores de la desigualdad (vía Estado o vía Mercado, cada cual con sus estrategias de instrumentalización). En nuestras humildes prácticas como colectivos y en la búsqueda de una coherencia radical en los estilos y opciones de vida personales (en complicidad con tantas otras iniciativas colectivas afines), hemos de mantener que las alternativas no sólo existen, sino que son actualísimas y posibles.

Barrio del Cristo (Valencia), 1997

ANEXO: UN PERFIL DE (O)POSICIONES

Antonio Méndez Rubio, en Voluntariado de Marginación Claver-Valencia: Dossier de Formación para grupos de contraste, 1996

VOLUNTARIADOS OFICIALES

Sentido salarial de la gratuidad: se promueven incentivos
mantenimiento del esquema (individualismo) instrumental utilitario de recompensas, hoy dominante
Conservación (consciente o no) de la dinámica cultural hegemónica
Colaboración armónica entre Administración y sociedad civil: complementariedad
Intromisión del poder público en las organizaciones: Dependencia (tutela)
Privilegio de la identidad del voluntariado (estructurado, ordenado, con carnet...) diseñada desde el Estado (uno) que supervisa (=super, =sobre, =ve desde arriba)
Voluntariado como actividad (concepción asistencialista)
Guarda las formas burguesas: Tranquilidad, Bienestar
Garantiza el funcionamiento democrático (capitalista, de masas, jerárquico...) de las instituciones:
Aquieta, asegura el sistema político-social (que margina)

VOLUNTARIADOS SOCIALES DE MARGINACIÓN

Sentido radical de la gratuidad: no esperar ni aceptar nada a cambio
transgresión (colectivismo, ex-cluidos) del utilitarismo individualista, hacia el otro (alteridad / alteración)
Construcción (autoconsciente) de una cultura alternativa
Denuncia y actitud crítica ante las deficiencias de la Administración: tensión
Voluntariado de marginación al margen (solidaridad) del Estado: Independencia
Alteridad como punto de referencia: voluntarios como aquellos que buscan al otro, se (re)organizan en función de los otros (conocidos y por descubrir): los (subvierten) de abajo
Voluntariado como forma de vida, práctica y sentido que cala hacia y desde lo cotidiano (concepción transformadora)
Sorprende las formas, las revoluciona: Conflicto, Malestar
Desafía al sistema: Inquieta. Busca un sentido no masivo (sino grupal), no capitalista, no vertical, de la cultura y la sociedad democrática

Horizonte de emancipación

CUESTIONARIO PARA EL DIÁLOGO EN GRUPO

0. Comentad los puntos que no acabéis de comprender, que os resulten discutibles.

1. Haced un lista de las principales ideas expuestas en el Cuaderno.

Comentadlas. ¿Cuáles os parecen las ideas primordiales?

Repasad la lista del apartado 2.2.

2. Concretando, dibujad el perfil del voluntario de marginación tal como lo describe el Autor.

Buscad ejemplos de voluntarios o asociaciones de voluntariado que lo encarnen de alguna manera.

3. El Autor dice en los capítulos 1 y 4 que el voluntariado puede ser, a la vez, creador de conflictos, transformador o perfecto acalla-conciencias de niños ricos; beneficencia o cambio de estructuras, etc.

Los voluntarios que conoces, ¿en qué lado los situarías?

4. Si eres voluntario, ¿crees que tú y tu institución de voluntariado podéis hacer algo realmente importante para presionar a las Administraciones a favor de la justicia para los marginados? O más bien,

¿crees que esto no es tarea vuestra y que no se puede estar en todos los frentes a la vez, de manera eficaz?

¿qué no debes dedicar demasiado tiempo a temas globales, que lo has de dedicar todo a las personas concretas?

5. En las págs. 11 y 12 el Autor expone tres maneras de situarse del voluntariado.

Para tí, ¿cuál es la idónea?, ¿con cuál te identificas?

Los centros de voluntariado que conoces, ¿en cuál de ellos se sitúan principalmente?

6. El apartado 3 del Cuaderno enumera 10 ítems que describen la actividad política del voluntario.

Analizadlos uno a uno y valoradlos.

¿Os parecen realistas? Las instituciones de voluntarios que conocéis, ¿saben o pueden realizarlos?